

plíquenas en hora buena otros de otra manera en libros que han de leer los protestantes y los escépticos: yo no escribo para estos.

Para los católicos, que no se contentan con creer sino que practican lo que creen (y cuán escaso es su número fuera de los claustros y del sacerdocio!) este pasaje de la vida de Jesús y de María, tiene otra y altísima significación, y es, que cuando se pierde á este por culpa nuestra, debilidad ó descuido, hay que buscarle en el templo, donde al cabo le hallaron sus Padres, y que, para no perderle, lo mejor es formar en lo interior del corazón un templo, *templo vivo*, donde se esté de continuo en la presencia de Dios y de Jesús, el cual aprecia más estos templos vivos, que todos los que con piedra y otros materiales construyen los hombres á fuerza de tiempo, afanes, gastos y fatigas.

La Santa Iglesia celebra en el primer domingo despues de la Epifanía ó adoración de los Reyes esta festividad del Niño perdido y hallado entre los Doctores, y lee en la Misa, y comenta en el oficio divino este hermoso pasaje del Evangelio de San Lucas. Los comentarios en el tercer nocturno están tomados de una hermosa homilia de San Ambrosio. Distingue allí las dos generaciones, una paterna y otra materna. «Las cosas, dice, que son superiores á la naturaleza, á la edad y á la costumbre en Cristo no las hemos de referir á las virtudes humanas, sino á los poderes divinos de que estaba investido. En unos parajes la Madre obliga á Jesús á cumplir su ministerio, pero en otros se arguye por Este á su Madre por tratar de exigir aun lo que era meramente humano. (1)

¡Qué poco se embaraza San Ambrosio con esas palabras de Jesús, al parecer duras, que tanto asustan á los críticos! No se anda en ambages ni rodeos. María es argüida (*arguitur*). ¡Qué ejemplo para los nimios y asustadizos! Pues aun es más: la Iglesia acepta esa palabra de San Ambrosio y la estampa en el Breviario para que la lea todo el Clero.

cato. Si al marchar al monasterio se cruza tu padre en el dintel de tu casa para impedirte que salgas, *sal pisando á tu padre: (per calcatum perge patrem.)*

Esta frase enérgica, lo mismo que otras del Kempis y de las reglas monásticas, que mandan la obediencia ciega al superior, *morir para el mundo, ser como un cadáver*, etc., etc., para los católicos verdaderos no ofrecen dificultad ninguna: son axiomáticas. Los impíos no pueden comprenderlas por más que se haga. Sería lo mismo que querer explicar matemáticas sublimes á quien no sabe aritmética.

(1) Lección 2ª del tercer nocturno.

XXXII

MARIA VIUDA.

Y estaba sujeto á ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.

Y Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres.

(San Lucas, cap. II al final.)

En estas pocas palabras está compendiado todo lo que el Evangelio nos dice acerca de la Santa Familia en el trascurso de los diez y ocho años que mediaron desde la primera manifestación de Jesús en el templo enseñando á los Doctores, á la edad de doce años, hasta que siendo como de unos treinta comenzó su vida pública, bautizándose en el Jordan por mano de su primo, y principiando á predicar en Galilea. Las tres cláusulas están artísticamente colocadas al final del capítulo II del narrador San Lucas. La primera es relativa á los tres personajes de la Santa Familia. «Jesús volvió con ellos (sus Padres) á Nazareth, donde les estaba sometido.» (v. 51.)

La segunda cláusula y en el mismo versículo, es relativa á María. «Y su Madre conservaba en su corazón todas estas cosas.»

La tercera es relativa al desarrollo de Jesús en lo humano y su vida privada en Nazareth. «Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (versículo 52 y final del cap. II.) Este incremento de gracia solo era en la manifestación aparente, como advierte San Bernardo en su Homilia *Misereus est*. No cabe mayor sobriedad en los pormenores. Y si el Evangelio solo dedica estas tres breves cláusulas al largo período de diez y ocho años, y de estas tres cláusulas se destinan una á Jesús y otra á María, ¿se extrañarán luego los émulos y detractores de ésta de que apenas se le nombre en principiando la vida pública de Jesús?

Ni la tradición, ni la Iglesia aceptando los dichos de los Santos Padres, acuden á llenar este vacío con algunos pormenores, pues los que conserva en Nazareth la tradición popular no merecen apenas ser tomados en cuenta. Sabemos que vivía sujeto no solo á su Santa Madre, sino también á su Padre putativo San José, de quien pasaba por hijo (1). Los otros tres Evangelistas son aun más explícitos sobre este punto, manifestando que Jesús vivió en Nazareth completamente oscurecido y tenido en poco, y si en su pueblo natal no era considerado, nada tiene de

(1) *Ut putabatur Filius Joseph*, como dice luego el mismo San Lucas, cap. 3.º, vers. 23.

extraño que no lo fuese en Cafarnaum y en los pueblos circunvecinos. San Mateo y su compendiador San Marcos refieren con idénticas palabras la extrañeza de los de Nazareth al oírle un sábado explicar la palabra Divina en la sinagoga. Le oyen con sorpresa y con despego, recordando que es hijo de un carpintero que ha ganado allí su vida trabajando para ellos.

«Habiendo ido á su patria (Nazareth) les enseñaba en la sinagoga, de suerte que se admiraban y decían:—¿De dónde sacará éste tal sabiduría y el hacer esos milagros? ¿No es por ventura el hijo de un artesano? ¿Pues qué, no se llama su madre María, y son primos suyos (1) Jacobo, Josef, Simon y Judas? ¿Y sus primas no están aquí entre nosotros? ¿De dónde saca él todas esas cosas (2)?»

San Lucas, más narrador, refiere este suceso más minuciosamente, y de él echáramos mano si fuese preciso referir ese suceso de la vida de Jesús en que tuvo su Madre participación escasa.

Tampoco llena la tradición este gran vacío. Supone á San José carpintero y á este oficio concreta la palabra *faber, fabri* de los de Nazareth. En libros y en pinturas siempre se le representa ejerciendo ese honrado y necesario oficio. San Justino mártir afianzaba ya en su tiempo esta tradición, diciendo que ayudaba á su padre putativo á fabricar carros y coyundas (3).

Las tradiciones locales de Nazareth, las describe un religioso franciscano español del siglo XVII en estos términos (4): «Como á un tiro de escopeta hay otra casa que llaman de San José, porque esta era su casa y trabajaba en ella. Entre esta casa de la Anunciación y la de San José hay una torre muy grande: esta, según dicen muchos autores, era la sinagoga de los judíos en la cual entró Cristo muchas veces y hacía allí oración..... Esta iglesia se llama hoy de los cuarenta mártires.»

«Un poco más adelante hay una fuente que llaman de María, porque en todo este país no hay otra agua, y es fuerza que fuese allí la Virgen, ya por agua, ya por lavar los paños y también el niño Jesús. Y dicen algunos autores que cuando la Virgen iba por agua, los ángeles le salían al encuentro y la saludaban diciendo:—*Salve, María*. Esta fuente es tenida en gran veneración aun de los turcos. Dice Sanuto hablando de ella; *Ibi dicitur, Puerum Jesum semel vase fictili fracto aquam portasse in gremio Matri suae*. Que algunas veces que el Niño iba por agua se le

(1) El Evangelio dice *hermanos*, pero esa palabra era equívoca entre los hebreos y demasiado lata, pues se daba no solamente á los hermanos, sino también á los primos y otros parientes próximos.

(2) San Mateo, cap. XIII, v. 54. San Marcos, cap. VI, v. 1. San Lucas, cap. IV, v. 16. San Juan, cap. VI, v. 42. Resulta, pues, que narran este suceso todos cuatro Evangelistas. San Juan supone el suceso hacía Cafarnaum. Al decir que él era un pan vivo bajado del cielo, dicen los judíos: ¿Pues qué, no es ese un tal Jesús hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? San Lucas dice casi lo mismo. ¿*Nonne hic est filius Joseph?*

(3) Orsini lo cita relativamente al diálogo de este santo *cum Tryphone*, como igualmente á Godescardo en su *Vida de la Virgen*, (tomo XIV, pág. 436) el cual dice: «Un autor muy antiguo asegura que en su tiempo se enseñaban todavía las coyundas que el Salvador había fabricado con sus manos.»

(4) Fray Antonio del Castillo: «El devoto peregrino y viaje de Tierra Santa.» Este religioso fué á Tierra Santa en 1626, y estuvo allí muchos años siendo guardián de varios conventos. Aunque algo crédulo, lo que nada tiene de extraño atendiendo á la época y á su situación, es tan candoroso, minucioso y exacto, que prefiere por ese motivo sus descripciones sencillas, á las de Chateaubriand, Lamartine y otros extranjeros que estuvieron por allá de corrida y cuyas narraciones son más intencionadas.

rompía el cántaro, y cogía el agua en el enfaldo y la llevaba á su Madre. Esta tradición es muy conforme á la piedad cristiana y como tal se debe creer (1), porque, aunque no lo dice la Escritura, mas dice San Lucas, que el Niño descendió *cum eis et venit Nazareth et erat subditus illis*. Y así dice la Glosa sobre estas palabras que el Niño viendo los trabajos que la Virgen y San José padecían, y los sudores que pasaban para sustentar la vida, él con grandísima humildad les ayudaba y trabajaba en cuanto era necesario (2).»

Añade en seguida un largo pasaje para decir que el Niño Jesús besaba la mano á sus padres con gran humildad y con gran encogimiento de éstos siempre que lo practicaba, hincándose para ello de rodillas.

La tradición constante asegura que María quedó viuda por este tiempo. Al principiar la vida pública de Jesús tenemos noticias de que andaba aquella en compañía de éste, pero nada se dice de San José. Los de Nazareth, según San Lucas, le llaman hijo de Josef, pero según los testimonios de San Mateo y San Marcos, hijo de María (3). De ambos modos podían decirlo y con verdad. Mas el silencio constante acerca de San José, supone probablemente su ausencia. Su misión estaba cumplida, y en el momento en que ya humanamente no hace falta para el sostenimiento del Niño y de su Madre, para la buena reputación de ésta y su defensa, la Providencia le hace desaparecer de la escena, y bajar en busca de reposo al seno de Abraham. Y ¡cuán grata debió ser la presencia del esposo de María en aquellas mansiones que, por plácidas que fuesen, al fin eran lugar de ansias y larga expectativa! Mas allá tenían ya el padre putativo del Mesías ó Salvador prometido; y éste era á la sazón, no un niño, ni un adolescente, sino varón formado y vigoroso jóven, que en breve iba á venir á visitarlos para subirlos á superiores moradas.

Orsini fija la época de la muerte de San José al cumplir Jesús la edad de 26 años. Es muy posible que así fuese, pero no consta. En ese caso y suponiendo que San José tuviera 32 años al tiempo de casarse, es decir, casi doble edad que su esposa, tendría poco más de 65 años al tiempo de su muerte. «Lloraronle Jesús y María, añade el mismo, haciendo una triste vigilia junto á los yertos despojos: el viento de media noche se mezcló solo (4) á los lamentos de la pobre familia.»

«Los funerales del descendiente de David fueron humildes, como su fortuna; pero María derramó abundantes lágrimas sobre su lecho fúnebre, y el Hijo de Dios se puso á la cabeza del modesto duelo. Mas ¿qué Emperador tuvo jamás tal personaje á presidir sus exequias?»

La tradición local de Nazareth nada dice acerca de su sepulcro, del sitio donde

(1) A pesar de lo que dice el piadoso escritor no pasa de mera conjetura. Dios no hace los milagros en vano, y qué objeto tenía el llevar el agua en la falda? Es una de esas tradiciones vulgares que ni pueden creerse de ligero ni menos ser objeto de ridículo.

Créalo el que guste: *utisquisque in suo sensu abundat*.

(2) Cita para ello la obra del obispo Fr. Francisco Jimenez, de *Infantia Salvatoris*. Pero ¿de dónde lo sacó el obispo?

Ya en los primeros tiempos de la Iglesia se escribió un Evangelio apócrifo con ese título. Además, es dudoso que los Israelitas acostumbraran besar la mano.

(3) San Mateo dice (XIII, v. 55): *Nonne hic est fabri filius? Nonne mater ejus dicitur Maria...?* Pero San Marcos no le llama hijo del carpintero, *fabri filius*, sino que á él mismo le llama carpintero ó artesano, hijo de María.—*Nonne hic est faber filius Mariae...?*

(4) No es probable que los parientes los dejaran solos. No acostumbraban esto los Israelitas, y cuando se hacen estas suposiciones deben ser conforme á la tradición y á las costumbres, y no dejarse llevar de arranques de fantasía.

fué enterrado, ni del paradero de los restos mortales de aquel varón, siempre modesto, siempre sencillo, que, siendo el Padre putativo de Jesús, vivió siempre oscurecido: parecía buscar la penumbra tras de la nube que iluminaba á veces su Hijo con los rayos esplendorosos de su brillante aureola.

Es muy oportuna la observación de Augusto Nicolás, sobre el carácter silencioso, recogido y modesto de San José. Personajes que apenas hacen más que presentarse en escena y desaparecer en seguida, como Santa Isabel, Simeon, el Centurion, Nicodemus y hasta el buen ladrón, hablan algunas, aunque pocas palabras. San Juan Bautista, personaje accesorio, pero de gran importancia, habla, predica, arguye y aconseja, así como su Padre San Zacarías, mudo por algún tiempo; prorrumpe en un cántico sublime cuando rompe á hablar; pero de San José no nos conserva el Evangelio ni una sola palabra, á pesar de ser su papel tan importante y tan allegado á Jesús. San Marcos ni aun le nombra en su Evangelio: San Juan una vez, y eso cuando sus paisanos le desprecian llamándole *hijo de José* (1). Cuatro veces le cita San Lucas y siempre sin elogio alguno (2). En una le llama cónyuge de María, en otra padre de Jesús, en las otras dos solamente aparece su nombre. Pero San Mateo es quien más le cita y le tributa elogios. Primero le llama varón de María, y luego *justo* (3). El Angel del Señor le habla tres veces, pero no en forma visible, sino en sueños. El gran elogio, pues, consiste en llamarla *justo*; no atribuirle otros méritos.

Aunque nombrado en primer lugar por los Evangelistas y María misma, él no habla jamás, y María, á pesar de ser tan humilde y modesta, se ve en cierto modo obligada á prestarle su voz. Por último, José desaparece de la tierra, sin que nadie sepa cuándo ni cómo; se ha dicho que era carpintero, se sabe que sustentaba á Jesús y María con su trabajo; se le menciona por última vez cuando busca y encuentra á Jesús en el templo, y después no vuelve á nombrarsele.

Parécenos la tal figura maravillosamente adecuada á su objeto, que era ocultar al Hijo de Dios y en cierto modo oscurecerlo.

Jesús llega con poco aparato á realizar sus grandes designios, ocultándolos á la sombra de José á quien se le cree su padre y que ahuyenta ó desvanece las sospechas (4).

Como las nubes cuya parte invisible alumbrá el sol, siendo tanto más luminosas por la parte que mira al cielo, cuanto más oscuras se presentan á la tierra, la gloria de José resplandece á los ojos de Dios y de los ángeles en proporción de la oscuridad para los ojos de los hombres.

Por lo que hace á su culto, es notable el poco que se le tributaba hasta el siglo XVI. Apenas hay iglesia antigua bajo su advocación y destinada á su culto. Apenas hay personaje célebre secular ni eclesiástico, Papa, Rey, Emperador, General ni Obispo, que lleve su nombre, hoy por fortuna tan común. Santa Teresa de Jesús

(1) *Nonne hic est Jesus filius Joseph...?* (cap. VI, v. 22.)

(2) *Missus est angelus... ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph* (cap. I, v. 27). *Ascendit autem et Joseph á Galilea* (cap. II, v. 4). Al hablar de la adoración de los pastores, *Invenerunt Mariam et Joseph et infantem...* (Ibidem, v. 16). Al despreciar á Jesús los de Nazareth dicen:—*Nonne hic est filius Joseph?* (cap. IV, v. 22.)

(3) *Joseph ergo vir ejus (Marine) cum esset JUSTUS.* (cap. I, v. 19.)

(4) Augusto Nicolás, cap. XV de la Virgen María, pág. 286 del tomo II, traducción española.

contribuyó mucho á propagarlo (1), y Su Santidad el Papa Pío IX (que Dios guarde) ha contribuido no poco á realizarlo, declarando de mayor solemnidad su fiesta.

XXXIII.

LA BODA EN CANÁ.

Al comenzar Jesús á cumplir la voluntad de su Eterno Padre, predicando el Evangelio y para ello trocando su vida privada y oscura por la pública, si bien dejó su patria y su casa no por eso abandonó á su Madre enteramente. Al dolor de la pérdida de su amado esposo, no menos querido en razón de la mútua virginidad, uniéndose en breve la ausencia del Hijo durante más de cuarenta días, Jesús había marchado al desierto, solo, y sin provisiones. María quedó también sola en la pobre casita de Nazareth; el Hijo se preparaba con largo ayuno, retiro y mortificación, á la árdua tarea de predicar el Evangelio. No necesitaba esta preparación, pero quería darnos ejemplo del modo con que debemos proceder al emprender nuestras buenas obras. María debía también prepararse á la dolorosa separación absoluta para más adelante, cuando quedara en la tierra sin Hijo y sin Esposo. Aquellos cincuenta días debieron ser de gran aflicción para la Virgen: ¡lo habían sido tanto los tres días no completos de su pérdida en Jerusalem! Y al fin entonces no era triste viuda. Renováronse ahora las ansiedades de entonces. Cuando la lluvia caía azotando la única ventana de la pobre casita, cuando zumbaba el huracán, y el cierzo dejaba sentir su inclemente soplo, el pensamiento de María vagaba también por las solitarias y áridas montañas de Judea en pos de su Hijo amado, y preguntábase con ansia:—¿En dónde estará ahora mi Jesús? ¡Oh, cuántas almas santas y amantes de este han repetido después esa pregunta al verse agobiadas con la sequedad de espíritu y el abandono aparente de Dios!

Jesús entre tanto marchaba hácia las riberas del Jordan en busca de su primo Juan, el hijo de Isabel y Zacarías. No conoció al pronto el Bautista á su divino pariente, que modesto siempre, manso y humilde, entraba en el histórico y bíblico río para recibir el bautismo de penitencia, con la humildad misma con que se había

(1) No es cierto que el convento de San José de Avila, fundado por la Santa como cuna de la reforma carmelitana, fuese la primera iglesia destinada en Occidente al culto del Santo. El Ven. P. D. Fray Fernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, dedicó una de las primeras parroquias de aquella ciudad al Santo bajo su advocación, y aun se podrían citar otras más antiguas.

San José de Calasanz fué quizá el primero que ilustró su nombre con sus heroicas virtudes: siguiéronle después los que llevaron este nombre con los apelativos de Tomasi, Leonisa, Copertino y Oriol, nuestro compatriota.

Desde el siglo pasado principiaron á tomar también los emperadores de Alemania este nombre inusitado.

dejado circuncidar. Preciso fué que el Cielo con sobrenaturales voces y aparición del Espíritu Santo se lo revelara (1).

Cuarenta días permaneció Jesús en el desierto orando, preparándose á la predicación del Evangelio con la mortificación, el silencio, recogimiento y ayuno. Después de haber burlado las tentaciones del enemigo, asistido por ministerio angélico, con modesto y parco alimento, volvió á darse á ver por las orillas del Jordán, donde su primo el Bautista le apellidó «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.» A vista del testimonio de Juan, que reconocía la Divinidad de Jesucristo y superioridad de su doctrina, varios discípulos de aquel siguieron á este: con ellos volvió Jesús á Galilea y á las inmediaciones de su patria, después de una ausencia de cerca de dos meses, demasiado largos para el maternal cariño. Mas no venía solo: con Andrés y Pedro venía Felipe su paisano; todos tres eran de Betsaida, pequeño pueblo no lejos de Nazareth. Cuando Felipe refirió á Nathanael que ha hallado el Mesías en la persona de Jesús el Nazareno, responde él con despego:— «Pues qué, ¿puede salir de Nazareth cosa buena (2)?» Tal era la fama que tenía este pueblecillo.

Aun cuando el cielo se había abierto en honor de Jesús al dejarse bautizar humildemente, con todo, no había hecho aún milagro alguno que revelase su misión divina. El primero que hizo fué á petición y con intervención de su Madre. El Evangelista lo narra en estos términos:

«Y tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba en ellas. Y fué también convidado á estas bodas Jesús con sus discípulos; pero, faltando el vino, la Madre de Jesús le dijo:—No tienen vino.»

«Contestóle Jesús diciendo:—Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? (3). Aun no ha llegado mi hora.»

«Su Madre dijo á los que servían:—Haced todo lo que Él os diga.»

«Había allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, cada una de las cuales cabía dos ó tres metretas (4). Dijoles Jesús:—Llenad de agua las ti-

(1) El testimonio del Bautista es terminante. *Et ego nesciebam Eum.* (Evangelio de San Juan, cap. I, v. 33.)

Jesús se bautizó primero: anduvo por Betania, orillas del Jordán y el desierto. (Id. v. 33.) Volvió á Galilea: tomó allí discípulos además de los de Juan. Duraron, pues, su ausencia y la soledad de María unos dos meses.

(2) Véase lo dicho en una de las notas del capítulo sobre la pérdida de Jesús y su encuentro en el templo.

(3) Esta traducción no está bien hecha, como veremos luego, pero en estas palabras ambiguas se ha seguido la traducción del P. Anselmo Petite, Abad de San Millán, aunque reconociéndola muy defectuosa.

Las palabras del Evangelio: *¿Quid tibi et mihi est, mulier?* deben traducirse:—Pero mujer, ¿qué nos importa eso á ti y á mí?

Y en efecto, Jesús y María eran convidados, y no era incumbencia suya suplir aquella falta de los que convidaban.

(4) Como el país de Palestina no estaba en general sobrado de aguas, y los judíos la necesitaban abundante para sus abluciones y otras atenciones, tenían enormes tinajas de piedra para conservarla.

La metreta era una medida que equivalía, según el P. Mariana (*de ponderibus et mensuris*) á más de 22 azumbres de agua, de modo que cada tinaja de las seis que allí había podría contener de seis á nueve arrobas de agua.

En el ánfora de mármol que se enseña en el Escorial, como una de las que sirvieron en las bodas de Caná, no cabe ni una arroba de agua.

najas; y las llenaron hasta arriba. En seguida añadió:—Sacad ahora y llevad al maestresala. Hicieronlo así, mas luego que el maestresala probó el agua convertida en vino, ignorando de dónde este procedía, pues no se lo habían dicho aún los sirvientes que lo sabían por haber echado el agua en las tinajas, llamó al novio y le dijo:—Todo hombre en estos casos hace poner primero el mejor vino, y después que la gente comienza á sentir los efectos de haber bebido bien, saca otro inferior: pero tú lo has hecho al revés, porque has guardado para el último el mejor vino.»

«Este fué el primero de los milagros, y lo hizo Jesús en Caná de Galilea, con el cual manifestó su gloria de modo que sus discípulos creyeron en Él.»

La intención de Jesús en este milagro, y el diálogo con los asistentes á la boda, está bien clara y la trascendencia de él se echa de ver en estas últimas palabras:— «Manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él.» *el objeto* es la gloria de Dios; *el efecto* la fé de los elegidos.

Lo que hace á nuestro propósito es la intervención de María en la ejecución y consecución de este milagro.

Hay autores que suponen que el novio era precisamente San Juan Evangelista, el cual en vista de este milagro dejó á su mujer y familia para seguir á Jesucristo. Por respetables que sean los autores que han seguido esta opinión, parece poco conforme con las ideas de los Israelitas, y con lo que prescribía la ley con respecto á los recién casados. Lo que se hace notable en el Evangelio de San Juan, es que solo habla dos veces de María, una al principio, en el pasaje citado, y otra al fin, al describir la muerte de Jesús. En uno y otro caso ni aún la nombra: llámala solamente la *Madre de Jesús*: en uno y otro caso parece poner en boca de Jesús palabras de despego, llamándola á secas *mujer*, negándole el dulce título de *Madre*. ¿Será esto por desden ó falta de aprecio? Ridículo fuera y hasta mal sonante: María fué su Madre, y él la acompañó y sirvió en los últimos años de su vida: ¿habría ingratitud en ese desden? Parece pues calculado el silencio de San Juan, para no dejarse llevar demasiado del afecto que había profesado á María su segunda Madre. Su Evangelio es el que más *diviniza*, por decirlo así, á Jesús: por eso es el *águila* de los Evangelistas, que más se remonta sobre las nubes, que mira de hito en hito al sol de la luz increada. Deja para esto á un lado todos los afectos de la tierra y de la familia, no habla de genealogía, de padres, de nacimiento, de nada de lo que hablan los otros Evangelistas, que le habían precedido. Si habla del Bautista, es porque anuncia la Divinidad de Jesucristo y por ese preñuncio comienza su Evangelio. Ni aún dice quiénes eran los padres de San Juan, ni el parentesco de éste con Jesús. Si no tuviéramos mas que el Evangelio de San Juan, negaríamos que el Bautista fuese pariente de Jesucristo.—¿Cómo habían de ser primos, diríamos, si al ir á bautizarle San Juan no conoce á Jesús: *et ego nesciebam Eum?* Así pues, el silencio de San Juan con respecto á María es calculado y misterioso, como lo es la preterición de todo lo relativo á su nacimiento, familia y vida privada, de que hablan los otros Evangelistas.

Por lo que hace á la pretendida dureza de las palabras de Jesús á su Madre, cuando ésta le expone la cuita de los recién casados, volvemos á los argumentos del pretendido desden con que Jesús acoge á su Madre al hallarle en el templo con los Doctores de la Ley. Volvemos también al argumento con que respondimos á ese argumento. Jesús tenía obligación de respetar á su Madre: «Honra á tu padre y á tu madre» había dicho Él mismo á Moisés en el Decálogo, y él

no se eximia de la ley, que había venido á cumplir y no á relajar. Jesús pues, ¡blasfemia sería asegurarlo como un aserto! falta á su deber. Explicad esa blasfemia implícita que lleva vuestro argumento, oh protestantes! Jesús es modelo de conducta: si desprecia á su Santa Madre, ¡otra blasfemia! nos enseñaría á despreciar á nuestras madres, por santas y buenas que fuesen. Responed de las consecuencias que envuelvo vuestro argumento; y lo que digáis al responderlo responderá también al otro.

Aun cuando se admita la traducción literal y grosera de las palabras de San Juan: *mulier ¡qué tengo yo que ver contigo!* (1) traducción que yo no admito, por respetables que sean los que así han vertido estas palabras, todos los intérpretes convienen en que no hay en esa frase reprensión, enfado, dureza ni desden con respecto á María. «No rehusa las atenciones de piedad y cortesía á su Madre, como dice San Ambrosio (2), sino que manifiesta á todos que sus actos se subordinan á la voluntad de su Eterno Padre.»

Jesús habla en todo y por todo de no hacer más que la voluntad de su Padre. Cuando sus discípulos le invitan á comer, les responde sencillamente:—«Mi alimento consiste en hacer la voluntad del que me envió á la tierra.» Y cuando enseñaba á sus discípulos á orar y á pedir, les dice en la tercera petición que deben dirigir á Dios: «hágase tu voluntad en la tierra como se cumple en el cielo.» Así pues responde á su Madre, que le pide un milagro á favor de aquellos pobres y aparados novios, diciéndole:—«Mi vida pública aun no ha principiado: los milagros que yo haga no deben ser en provecho temporal de particulares, sino en comprobación del Evangelio y para honra de mi Eterno Padre. Así pues, aun cuando se admita esa traducción servil y á mi juicio inadmisibles (salvo el respeto de los que la han admitido), hay en ello un recuerdo de su constante advertencia, pero no una reprensión ni menos un desden. Y no sirve decir que lo que Jesús decía era cierto: puede decirse una verdad con malos modales, y la certeza no quitará la dureza y acrimonia. Mas esto no cabía en Jesús con respecto á su Madre Santísima.»

Pero admitida la traducción de esas palabras en el sentido en que servilmente se han traducido, ni son ciertas, ni la segunda parte liga con la primera. ¿Cómo había de decir Jesucristo á su Madre que nada tenía de común con ella? Si lo hubiera dicho á San José podía pasar, mas aun así habría dureza. Pero ¡á María! á la que el Concilio de Efeso declaró *Madre de Dios*; cómo había de decirle Jesús que nada tenía de común con ella?

Que la segunda parte de la respuesta no liga con la primera lo prueban completamente varios escritores, entre los cuales prefiero el testimonio de Augusto Nicolás, no solo por lo reciente, sino por lo bien pensado. «Además de ser la textual, dice (3), concuerda mejor esta versión última con la segunda parte de la respuesta del Salvador en que expresa el motivo:—*Todavía no ha llegado mi hora.*» Tal motivo no es absoluto, sino relativo, y por tanto quita á la primera parte de su respuesta el carácter absoluto que tendrían estas palabras:—«¿Qué tengo yo que ver contigo?» y concuerda mejor con estas otras:—«¿Qué nos va en eso á ti y á mí?»

(1) La traducción es la del P. Anselmo Petite, Abad de San Millán, á fines del siglo pasado, según queda dicho.

(2) *Nod quod materna refutet pietatis obsequia, sed quia Patris se ministerio amplius, quam maternis affectibus subisse cognoscat.*

(3) *La Virgen María y el plan divino*, tomo II, cap. XVII, párrafo 4.º

las cuales son relativas á las circunstancias en que ambos se hallaban; porque si entre Jesús y María nada hay de común, esto debe ser de siempre, y no se comprende entonces á qué viene el decir, que no había llegado la hora de Él; al paso que se entiende muy bien lo que quiere decir con eso si el sentido es que no habiendo llegado la hora de servirse de su poder para los fines de su misericordia, todavía no era oportuno invocarle con tal objeto.

El éxito lo acredita así y que María lo entendió de este modo, pues no se dió por desairada. Lejos de eso le consta que Jesús ha escuchado benévolutamente su ruego, y encarga á los sirvientes que hagan lo que Él les diga. Debe tenerse en cuenta para esto que las bodas no duraban un solo día entre los Israelitas como suele suceder entre nosotros. La novia era conducida con gran aparato por los parientes y amigos, y á veces era el novio el que llegaba de ese modo, como vemos en la parábola de las vírgenes vigilantes. Necesitábase acopiar gran cantidad de provisiones y tener quien corriera con la distribución y preparacion de ellas. Aunque no fuesen opulentos los novios de Caná, no podían excusar tales gastos: los parientes ayudaban á ellos, y se hubiesen creído rebajados en su decoro si la familia hubiese quedado mal.

Para nuestro propósito hay otra observación, que es la más práctica y por tanto la que sirve de final á este asunto. Niegan los protestantes y sus afines importancia á la Madre del Salvador y á su mediación para con Dios, alegando que no necesitamos mediador con Dios. Por eso combaten el culto de María y procuran rebajar su importancia. Claro es que podemos acudir á Dios directamente, pero eso no quita para que acudamos á Jesús por conducto de su Madre, como por conducto de Jesús acudimos á su Eterno Padre en el concepto que tenemos de la Santísima Trinidad. El que podamos acudir á un gobernador directamente no quita que podamos acudir á su autoridad por conducto de un amigo suyo y nuestro. Si Jesús en Caná atendió al ruego de su Madre, ¿atenderá ménos ahora en el Cielo?

XXXIV.

PEREGRINACIONES DE MARIA DURANTE LA PREDICACION DEL EVANGELIO.

La fama de Jesús, de su doctrina, saber, virtudes y milagros corrió en breve por Palestina, rebasando los estrechos límites de Galilea. Así lo dice San Lucas, al narrar minuciosamente la mala acogida que le hicieron sus paisanos en Nazareth, hasta el punto de querer asesinarle. «Por todo aquel país (de Galilea) se extendió su fama y enseñaba en sus sinagogas y todos le aplaudían. Fué pues á Nazareth donde se había criado, y entró en la sinagoga el día de sábado, según acostumbraba-

ba, y se levantó para leer. Habiéndole entregado el libro del Profeta Isaías, así que lo desplegó, halló el pasaje en que está escrito:—«El Espíritu del Señor sobre mí: por eso me consagró ungiéndome al enviarme á predicar á los pobres y curar á los que de corazon están contritos; para anunciar su libertad á los cautivos, dar vista á los ciegos, aliviar á los oprimidos, publicar el año de las gracias del Señor y el día de la retribucion.»

«Luego que hubo plegado el libro lo dió al ministro, tomó asiento y todos los que estaban en la sinagoga fijaron en él sus miradas, y Él empezó á decirles:—Hoy se cumple esta sentencia de la Escritura, que acabais de oír. Y todos le daban testimonio y se admiraban con las palabras de gracia que salian de su boca, y decian:—«Pues qué, ¿no es este el hijo de Josef?» Y Él dijo: Sin duda que vosotros direis:—«Médico, cúrate á tí mismo: haz pues aquí esas maravillas que has hecho en Cafarnaum.»—Y añadió: En verdad os digo que ningun profeta es bien recibido en su patria. Y tambien os digo asimismo: cuando el cielo estuvo tres años y seis meses cerrado sin llover, y hubo gran hambre en toda la tierra, habia en Israel muchas viudas, mas á ninguna de ellas fué enviado Elias, sino á una pobre viuda de Sarepta, en tierra de Sidon.

«Tambien habia muchos leprosos en Israel en tiempo de Elias, y ninguno de ellos fué curado sino Naamán, que era de la Siria.

«Al oír esto los de la sinagoga se llenaron todos de ira, y levantándose contra Él, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta la cima del monte sobre que está edificada su ciudad para precipitarle de allí. Mas El se retiró pasando por entre medio de ellos.»

En la candorosa descripcion que hace de Nazareth el religioso franciscano del siglo XVII, varias veces citado, dice lo siguiente: «Como una milla de la casa santa é iglesia de la Anunciacion está un monte que llaman del precipicio. Este es un monte muy alto en que hay un grandísimo despeñadero.» Añade que á este monte le llevaron los de Nazareth para despeñarlo y que allí quedaron estampadas y señaladas no solo la señal de su cuerpo, sino tambien las de sus vestiduras y se ven hoy día muy clara y distintamente..... Está este monte sobre los campos de Esdreon (1).

«En la mitad del camino desde Nazareth á este monte del precipicio, caminando hácia el Mediodía, hay una Iglesia que llaman *del pasmo de la Virgen*, porque fué aquí donde, habiendo entendido la Virgen lo que los de Nazareth querian hacer con su hijo Santísimo, salió á buscarlo y aquí supo lo que habia pasado y encontró al Señor.»

Por respeto á esta tradicion local se consigna este pasaje de la vida de Jesus, apenas relacionado con la de su Madre. Este acontecimiento debió tener lugar poco despues de la boda en Caná, pues San Lucas, el gran narrador, que es quien da más pormenores acerca de él, lo relata á continuacion del bautismo de Cristo y su regreso á Galilea. Debíó tambien influir en la resolución de Maria para abandonar su pueblo y su casa, y seguir á Jesus en muchas de sus peregrinaciones; no sola-

(1) Si el monte de donde le querian precipitar es el monte mismo sobre que está fundado el pueblo, cómo se admite que esté una milla más allá? El Evangelio dice: *Et duxerunt illum usque ad supercilium montis, super quem civitas eorum erat edificata*; y al Evangelio hay que atenderse más que á la tradicion local.

mente al subir á Jerusalem, sino tambien en sus excursiones por Galilea, teatro el más principal de su predicacion (1). Otro pasaje muy importante del Evangelio de San Mateo nos lo indica asi.

Acababa Jesus un día de predicar contra varios pecados y de un modo muy particular contra la obstinacion y la reincidencia, cuando llegó Maria con algunos de sus parientes, descaendo hablar con Él. «Mas hé aquí que, cuando aun estaba hablando al pueblo, su Madre y sus hermanos estaban fuera buscando como hablarle, y le dijo uno:—Mira que tu Madre y tus hermanos están ahí fuera buscándote. Pero El respondió al que lo decía:—¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos dijo:—Hé aquí mi Madre y mis hermanos! Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre en los Cielos, ese es mi hermano y mi madre (2).»

Sabemos quiénes eran los parientes ó primos de Jesus, *hermanos* al decir del país. Los mismos de Nazareth los habian enumerado al oírlo predicar en su sinagoga, diciendo:—¿Pues qué, no se llama su Madre Maria y sus hermanos Santiago, y José, y Simon, y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas con nosotros? Ahora consta por el mismo San Mateo (cap. VI, v. 21), que Santiago y San Juan eran hijos de Zebedeo. Su madre, Maria Salomé, los presenta con orgullo al Salvador para que sean sus privados en su Reino celestial (Ibidem, XX, v. 24). En el orgullo de esta presentacion esta, á mi juicio, la clave de la respuesta misteriosa de Jesus. Conocía este que sus parientes se lisonjaban al verlo aplaudido, tenian vanidad y aspiraban á obtener modros temporales. «Entonces se llegó á él la mujer de Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole una gracia. El le dijo:—¿Qué quieres? Respondió ella:—Dí que éstos dos mis hijos se sienten uno á tu diestra y otro á tu izquierda en tu reino (3).» Preciso era abatir este orgullo de sus parientes. Si Jesucristo se dejaba llevar de las pretensiones de sus parientes para hacer negocio y especular con su doctrina, se hacia un hombre comun y vulgar, como cualquier otro. Eso era lo que hacian entonces y hacen ahora todos los ambiciosos y los políticos de baja ralea; predicar austeridad, desprendimiento y pureza, mientras estaban ó están arriba, y hacer todo lo contrario en escalando el poder. Por eso decía David: «Si los míos no llegan á dominarme, entonces vivré sin manciellarme (4).» La proposicion contraria es: Si me dejo dominar por los míos, llegaré á quedar rebajado. Si Jesus hubiera accedido á los ruegos de sus parientes para hacerlos sus favoritos ó primeros ministros en un reino, que ellos se figuraban era temporal, co-

(1) Los pasajes de San Mateo y San Marcos al hablar de las mujeres y parientes de Jesus, que le asistian en sus peregrinaciones y le siguieron hasta el patíbulo, son terminantes. *Erant autem ibi mulieres multae longe quae secutae erant Jesum á Galilaea ministrantes Ei.*

San Marcos aunque compendiador lo dice todavia más claro, pues expresa que no solamente habian subido con Él á Jerusalem, sirviéndole en aquellos dias, como podia inferirse del texto anterior, sino que le seguian tambien y le servian cuando andaba predicando por Galilea. La cláusula es terminante. *Et cum esset in Galilaea sequebantur eum et ministrabant Ei.* (San Marcos, capítulo XV, v. 41.) Qué mujeres eran estas y su parentesco lo veremos luego.

(2) San Mateo, cap. XII.

(3) San Mateo, cap. XX, vers. 20, y San Marcos, cap. X, vers. 35. San Marcos expresa que fueron Santiago y San Juan los que le pidieron esa gracia y no cita á su madre, cosa tanto más notable cuanto en el capítulo anterior habia descrito la transfiguracion en el Tabor, á que asistieron los dos hermanos con San Pedro, y en aquel mismo capítulo habia predicado la humildad.

(4) *Si mei non fuerint domini tunc immaculatus ero.* Salmo XVIII, v. 14.

mo el de Herodes, Antiocho, u otro de los de aquel tiempo, Jesucristo quedaba desconceptuado desde luego. El Evangelio hablando de la orgullosa pretension de Salomé, la mujer del Zebedeo, dice que los otros Apóstoles llevaron muy á mal su exigente orgullo:—Y oyendo los diez se indignaron contra los dos hermanos (1). Si Jesucristo no hubiera rechazado aquella exigencia, se hubiera convertido en despegó á su persona, lo que era un motivo de indignacion contra sus parientes. Por eso Jesus le responde que entre sus discipulos no hay esa superioridad mundanal; que quien se quisiera elevar sobre los hombros de los otros quedará de criado de aquellos mismos, pues Él mismo, que era Hijo del Eterno Padre, habia venido á servir á los hombres sin querer dejarse servir de ellos como podia hacerlo. ¡Leccion sublime que mataba las ambiciones personales y el nepotismo! Por eso responde ahora como habia respondido á sus Padres en el templo, como habia respondido á su Madre en las bodas de Caná, como respondió mas adelante al mismo Pilatos el dia de su muerte, que él estaba en el mundo para hacer la voluntad de su Padre y no la suya; ¡siempre la misma respuesta, siempre la misma verdad! «El que os sentéis á mi derecha ó á mi izquierda no me toca á mí concedérselo, sino que es para aquellos á quienes así lo tiene preparado mi Padre.» Con esta contestacion despi- de á los parientes ambiciosos, que comprendian tan mal el espíritu de humildad y abnegacion de la doctrina de Jesucristo, humilde en su nacimiento, en su vida y en su muerte. Sin el espíritu de esta contestacion y sin esta doctrina, el cristianismo solo tiene la corteza exterior de la verdadera religion, pero no la médula ni los frutos.

Pero esta reprension tan justa y tan merecida, que Jesus dirige á sus parientes, cuya ambicion conoce, cuya altanería lee en sus frentes y en sus corazones, no alcanza, ni puede alcanzar ni dirigirse remotamente á su humilde, humildísima Madre, la personificación de la humildad más profunda, la que por su humildad sin- cera atrajo y fijó las miradas del Eterno, la poetisa inspirada que cantó ántes que nadie las glorias de la santa humildad, á diferencia de las otras poetisas de su país que habian cantado en estilo épico los triunfos de la omnipotencia y la derrota de los enemigos. No; no podian dirigirse esas palabras á la cantora del *Magnificat*, á la que habia dicho treinta y tres años ántes, y cuando era adolescente: *Quia respexit humilitatem ancillae suae!* No se reprende al que no yerra. María no erraba, no era ambiciosa, era impecable. Durante toda su vida buscó la oscuridad de la existencia escondida y oculta á los ojos del mundo y de los hombres. Es una concha que no desprende su perla, sino que ni aun se abre á los rayos del sol, y aprendiendo fuertemente sus bordes se oculta en el seno del mar, sin dejar que penetren hasta su corazon las aguas saladas del orgullo.

Mientras Jesus recorre las riberas del lago y del Jordan, y las aldeas de Galilea, María sigue á Jesus, cuida de Él, se mezcla entre la turba para oír la palabra de su Divino Hijo, por nadie comprendida como por ella. Cuando se aleja ó se oculta en el desierto, recógese silenciosa y modesta á su casita solitaria de Nazareth. Cuando Jesus sube á Jerusalem para celebrar la Pascua, siguele á la Ciudad Santa como le habia seguido y llevado de niño. Su corazon de madre prevé no como

(1) *Et audientes decem indignati sunt.* (San Mateo, XX, v. 24.) *Indignati sunt*, podia decir San Mateo, pues era uno de los diez. *Et audientes decem caeperunt indignari de Jacobo et Joanne*, dice San Marcos, que no nombra á la madre de ellos (capítulo X, vers 41.)

quiera el riesgo, sino la desgracia. Jesus la tiene anunciada á sus discipulos, que ni la han comprendido, ni la quieren creer. Pedro el enérgico, el cariñoso y franco con su Maestro, rechaza el anuncio y casi quiere desmentirle (1). ¿Cómo han de creer los otros en la muerte, y muerte ignominiosa de Jesus, si el mismo Pedro tan creyente no la cree? Pero la Madre de Jesus la cree, y no solamente la cree sino que la comprende. Pedro habia visto á Jesus transfigurado en el Tabor, rodeado de gloria visible á los ojos humanos: habia oído atónito la voz del Eterno Padre, y con él habian escuchado y presenciado aquellas maravillas los dos hijos del Zebedeo, que por momentos breves habian logrado una gloria muy superior á la que su madre codiciaba para ellos.

Pero ¿por qué María no estaba en el Tabor?

—María no era apóstol: María no habia de predicar el Evangelio, María no necesitaba este favor. ¿Sabemos nosotros por ventura cuántas veces vió transfigurado á su Divino Hijo, y cuántos favores recibió, que solamente supieron quién los hacia y la que los recibia? ¿Dejaria de hacer con su Madre lo que ha hecho y hace con esas almas puras, fervientes, virginales, humildísimas, á quienes colma de celestes y sobrenaturales favores? Pero ese era su secreto, su *sacramento*, porque es bueno esconder el sacramento del Rey.

El puesto de María, dado su carácter, no estaba en el Tabor, sino en el Calvario. En este no podia faltar, porque aquí sufría, porque aquí se humillaba.

Vamos á verla en el Calvario.

XXXV.

MARIA EN EL CALVARIO.

Mirad que vamos á Jerusalem, y allí el hijo de la Virgen (2) será victima de una traicion para ser crucificado (3). Así habia dicho Jesus á sus discipulos al ir á terminar su mision evangélica, y al emprender su último viaje á Jerusalem, acompañado de sus Apóstoles y discipulos y de las piadosas mujeres, parientas en su mayor parte, que le acompañaban y servían en sus viajes. Probablemente vió María la entrada triunfal de su Hijo en Jerusalem, y oyó aquel caluroso *Hosanna*, con que aclamaban las turbas al descendiente de David, que venia bendito en el nom-

(1) Cuando al anunciar á sus discipulos que seria perseguido por los sacerdotes y muerto, le dice San Pedro, lleno de carino por él, que no podia ser eso:—*Absit á te, Domine: non erit tibi hoc*, le responde Jesus con cierta dureza:—Vete de ahí, Satanás, no tienes gusto de las cosas de Dios, sino en las de los hombres (San Mateo, cap. XVI, vers. 22).

(2) Así traducia nuestro venerable Granada las palabras *Filius hominis*, y en verdad que es una traduccion muy expresiva.

(3) *Eccc ascendimus Jerusalem, et filius hominis tradetur.....* (San Mateo, cap. XX, v. 18.)